



El general Joaquín Martínez [cuento]

DAVID LUGO PÉREZ

- Para mí, mi general, es por lo de la firma de los Tratados de Nonoalco.
- No lo creo. Si eso fuera también tendrían que llevar a consejo de guerra al general Cravioto de Puebla, al coronel Sánchez de Tampico, al coronel Lozada de San Luis. Ellos también alguna vez simularon rendirse ante el Imperio.
- Entonces por los dineros que llegaron de Chile para el gobierno, general, y no hemos rendido cuentas.
- Tampoco se me hace. Buena parte de esos centavos los usamos para la guerra. . . lo podemos comprobar. El gobierno debe entender que no nos fue fácil ser los únicos, en cuatrocientos kilómetros a la redonda, en mantener viva la llama de la libertad y combatir a diario a los zuavos y a los conservadores. Ahí tienes a los de Toluca, a los de Querétaro y hasta algunos de los “puros” de por acá que prefirieron irse con el presidente o de plano al extranjero.
- ¿A lo mejor por lo de las tierras, tinacales y destiladoras que nos vimos en la necesidad de. . . ?
- Eso es lo menos probable. Sus dueños eran conservadores y desde siempre apoyaron la llegada del ejército francés, de Maximiliano y Carlota. A éstos en todo el país se les expropió. En todo caso ahí están esas propiedades para lo que el gobierno disponga. . .
- ¿No será por la recriminación del general Escobedo de que en el sitio de Querétaro exponíamos demasiado a nuestros hombres y por eso tuvimos muchas bajas?
- Ya lo he pensado y tampoco se parece que sea por eso. En el sitio de Querétaro finalmente todos reconocieron que gracias a ello se evitó que Miramón rompiera el cerco. . .
- ¿Y por lo del diputado Blas José Gutiérrez, aquel que por poco fusilamos por no aceptar el cargo de Gobernador del Segundo Distrito dizque porque éramos igual de sanguinarios y tiranos que los conservadores y el ejército francés? ¿Aquel que traía su cantaleta de ser justos y democráticos en plena guerra?
- Puede ser. Precisamente ese diputado es de los “puros” más influyentes del Partido Liberal y uno de los hombres más cercanos del presidente Benito Juárez. Pero aún así me parece poco para un consejo de guerra. . .
- Pues dispénsame, mi general, pero no se me ocurre otra cosa. . . menos ahora que terminó la guerra, ya se discute la creación del Estado de Hidalgo y usted es el candidato más seguro para primer gobernador. . .
- Sobre ese asunto estaba pensando. . .

DAVID LUGO PÉREZ. *Profesor de la Facultad de Humanidades de la UAEM*

El general Joaquín Martínez ya no pudo terminar la frase. Su segundo, el coronel Epigmenio Ledezma, lo miró intrigado. En esos momentos llegó hasta ellos el mayor Céspedes quien, con los saludos de honor a la jerarquía de los prisioneros, les hizo saber que las órdenes del general Lucio Rojo —el comisionado para capturarlos y trasladarlos— eran levantar el campamento y reiniciar de inmediato la marcha hacia Tizayuca y luego hacia la Ciudad de México, adonde deberían llegar esa misma tarde pues el consejo de guerra había acordado iniciar sus sesiones precisamente ese día 16 de abril de 1868. El general Martínez asintió con un movimiento de cabeza y aunque por un momento pensó en interrogar al mayor Céspedes sobre los cargos específicos que pesaban en su contra, no lo hizo pues comprendió que éste, a pesar de su mutua simpatía, no se lo diría. Una vez levantado el campamento y el regimiento listo para la marcha, les fueron traídos sus caballos a los prisioneros, quienes montaron y rodeados de los soldados reiniciaron la marcha rumbo a Tizayuca, que se encontraba a hora y media de camino. Al frente del regimiento marchaba el general Rojo y parte de su estado mayor. Atrás, un tanto separados, iban los prisioneros y sus numerosos custodios.

El general Martínez iba sereno. No parecía estar preocupado por dirigirse a enfrentar un consejo de guerra. El regimiento que lo escoltaba lo miraba con admiración y respeto. Los campesinos que cortaban el trigo o preparaban la tierra para el maíz se acercaban al camino para saludar y animar a los prisioneros. Ambos contestaban con el brazo levantado. Serían como las diez de una mañana soleada y tranquila. Sólo a lo lejos tanto a los flancos como a la retaguardia se distinguían discretas polvaredas, como de ganado pastando. El general Martínez sabía que eran sus partidarios que desde Zimapán le venían siguiendo. Ahora ya llegaban al pueblo de Tizayuca. Hicieron un pequeño descanso en el kiosco para tomar agua y algún alimento. Una mujer pidió ofrecer personalmente “tulancingueñas”, “pastes mineros” y pulque curado a los prisioneros. El general Rojo no tuvo ninguna objeción. Al cuarto de hora reiniciaron el camino y minutos después ya abandonaban la población. En estos momentos los recuerdos llegaron a la mente del general Martínez.

Recuerdos —casi cronológicos— tanto de su vertiginosa carrera militar como de su reciente captura y traslado a la Ciudad de México, que aún no concluía. Recordó que se había iniciado como voluntario en calidad de soldado raso con los liberales encabezados por los hermanos Ledezma de Jacala, allá por el año de 1859; que esa población, junto con Huichapan había sido prácticamente barrida meses después por el ejército del conservador Mejía y que él, junto con unos cuantos, se había salvado milagrosamente de morir o de caer prisionero; que inmediatamente fue en busca del ejército liberal del general Kampfner —aquel que propinó una decisiva derrota a los conservadores en la batalla de Real del Monte en agosto de 1861— que fue bajo el mando de dicho general donde comenzó su carrera ascendente como militar; que ya cuando la intervención francesa llegó a tierras del Segundo Distrito Militar del Estado de México —erigido para mejor

combatir la intervención— ostentaba el grado de capitán bajo las órdenes del coronel y gobernador de tal Distrito, Manuel Fernando Soto; que conforme avanzaba la intervención tuvieron que ir abandonando las principales ciudades y poblaciones: Pachuca, Tula, Actopan, Tulancingo y reconcentrarse en las sierras, especialmente en la Sierra Alta de Zacualtípán; que uno a uno de los comandantes y gobernadores del Segundo Distrito Militar tuvieron que ir dejando el mando por diversas razones; el coronel Manuel Fernando Soto fue llamado a colaborar con el



gobierno juarista entonces establecido en San Luis Potosí; el coronel Anacleto Herrera y Cairo fue trasladado al frente de la Sierra de Querétaro; el licenciado Ignacio de la Peña y Ramírez había caído prisionero; el coronel Eulogio Barrera murió de cólera momentos antes de iniciar un combate en la Misión de Cerro Prieto; que una a una de las guerrillas de su alrededor fueron desarticuladas y exterminadas por los conservadores y el ejército francés; que perdieron todo contacto con el gobierno general cuando éste inició su éxodo hacia el extremo norte del país; que en medio de cada vez más desventajosas batallas fueron arrinconados en lo más recóndito de la Sierra Alta y ahí sus partidarios lo nombraron general y gobernador del Segundo Distrito Militar del Estado de México, en vista de que era la única fuerza liberal existente y actuante en cuatrocientos kilómetros a la redonda; que en los momentos más desesperados, sin alimentos, armas y parque tuvieron que simular reconocer al Imperio por medio de los Tratados de Nonoalco de octubre de 1865; que efectivamente tuvo grandes diferencias con el diputado Blas José Gutiérrez que en esos tiempos pasó clandestinamente por el Segundo Distrito habiéndoles cuestionado no sólo por lo de los Tratados sino su proceder en general y que, por ello, por poco lo fusilan sin importar que fuese toda una personalidad liberal; que a principios de 1866 cuando se presentaron las condiciones “rompieron” los Tratados de Nonoalco y nuevamente combatieron al Imperio; que continuaron con su política de afectar los bienes de los conservadores y, por qué no reconocerlo, de algunos que no lo eran claramente; que ya para principios de 1867 sus tropas habían liberado a casi la totalidad del Segundo Distrito Militar del Estado de México, ello cuando los del Primer Distrito Militar, con sede en Toluca, los del Tercero con capital en Cuernavaca y los del Valle de México no lo habían logrado ni de lejos; que sus tropas acudieron en auxilio de éstos y otros como, por ejemplo, a los sitios de Puebla y Ciudad de México en donde el ejército al mando del General Porfirio Díaz derrotó definitivamente a los conservadores; que él, personalmente, acudió al sitio de Querétaro con el grueso de su contingente en donde bajo el mando del general Mariano Escobedo coadyuvaron a la derrota decisiva del Imperio de Maximiliano y de los conservadores; que un pelotón bajo su mando fue el que ejecutó el fusilamiento de Maximiliano, Miramón y Mejía en el Cerro de las Campanas; que, pocos meses

después de concluida la guerra, fue comisionado para que, junto con el general Rojo, pacificaran a ex combatientes antiintervencionistas que se habían vuelto a sublevar con la consigna de conquistar por las armas la creación del Estado de Hidalgo; que le habían comunicado que el gobierno general estaba considerando seriamente encomendarle la pacificación de los indios rebeldes que querían recuperar las haciendas que, decían, les habían robado; que su captura había sido en Zimapán tres días antes por fuerzas del general Rojo quien, sin embargo, nunca dejó de reconocer su investidura de general; que de inmediato sus seguidores se habían reorganizado y en Ixmiquilpan le hicieron saber por medio de un tío abuelo, cuando se acercó a darle su bendición, que lo liberarían o en la Curva de Pastores o en la Bajada de San Pedro, antes y después de Actopan respectivamente, ante lo cual él ordenó que no lo hicieran, no tanto porque de nuevo correría la sangre —incluso de su amigo el general Rojo— sino porque un presentimiento le indicaba que no era esa la solución; que cuando pasó por Pachuca el licenciado Antonio Tagle le había dejado dicho con su secretario que tuviera confianza pues él iba a intervenir personalmente ante el gobierno general en la Ciudad de México en donde lo esperaría; que al coronel Epigmenio Ledezma lo habían capturado en Zacualtipán y sólo los reunieron hasta el campamento poco antes de llegar a Tizayuca; que la mujer que le ofreció alimentos en el kiosco de Tizayuca en realidad era un enlace de sus seguidores para saber si de verdad no quería que lo liberaran, dado que pronto saldrían del Segundo Distrito militar y entrarían al Valle de México en donde, además de ser otro mando, sus enemigos, los del Primer Distrito, podrían darle alguna sorpresa pues seguramente no olvidaban su apoyo a la separación hidalguense; que de nuevo su decisión fue no atacar, sólo estar pendientes, muy pendientes . . . !

En eso iban sus recuerdos —pensamientos que, sin darse cuenta, le arrancaban ya gestos de tristeza, ya sonrisas melancólicas, ya semblantes duros. . . ; no cualquiera, a sus 24 de edad, podría decir que había vivido tanto— cuando percibió la intranquilidad, disimulada, eso sí, de su segundo, el coronel Epigmenio Ledezma. Casi instintivamente volvió la vista, primero a la derecha, luego a la izquierda y, después, con una serenidad aparente volteó hacia atrás. Las disimuladas y lejanas polvaredas, aquellas que parecían de ganado pastando, ya no se veían por

ningún lado. El general Martínez comprendió la situación: sus hombres, que hasta hacía poco les venían siguiendo, se habían quedado pues habían dejado atrás las fronteras del Segundo Distrito y ya se internaban en el Valle de México. Los parajes por los que en esos momentos cruzaban no le eran en absoluto desconocidos. Pocos meses antes habían transitado por ellos cuando regresaban del sitio que el general Porfirio Díaz había ordenado contra los conservadores en la Ciudad de México. Al ver a lo lejos el famoso pirul gigante recordó que, según un ejemplar reciente del periódico *El Siglo XIX*, en aquellos parajes había sido fusilado, no hacía más de 20 días, el famoso dirigente campesino Julio López, acusado de comunista por el propio presidente Juárez. Recordó, también, que en ese y otros periódicos, a él también lo habían acusado de agitar a los campesinos contra las haciendas del Segundo Distrito del Estado de México, con el propósito, según se decía, de ganar apoyo para llegar a ser el primer gobernador del próximamente creado Estado de

Hidalgo. Al llegar a esto, una arruga de preocupación surcó su frente y volvió la vista hacia el coronel Ledezma, quien lo vio con inquietud como si compartiera la misma sospecha. Al general Martínez incluso le pareció que, en aparente ahorro de camino, la tropa se desviaba precisamente al paraje en donde había sido fusilado aquel popular dirigente campesino. Ya casi arribaban al lugar cuando, en el extremo sur del valle, como si vinieran de la Ciudad de México, se distinguió una gran polvareda como de caballos a todo galope. Y en realidad lo eran. Conforme se fueron acercando fue evidenciándose que era otro batallón del ejército que venía a su encuentro. Los soldados que custodiaban a los prisioneros respiraron tranquilos, bajaron sus armas y descompusieron la formación de defensa y combate. Se detuvieron. Las vanguardias de ambos destacamentos se saludaron militarmente y después se apearon a conversar algo que ni siquiera los más cercanos a ellos pudieron escuchar. Así transcurrieron quince minutos, al término de los cuales, una columna compuesta con hombres de ambos regimientos y encabezada por el mayor Céspedes se dirigió con formación militar —que a Martínez le pareció sospechosa— hacia ellos. Los soldados que los custodiaban les abrieron paso con prontitud. Al llegar, el mayor Céspedes, después del saludo militar correspondiente dijo al general Joaquín Martínez:

- Mi general, ha venido a nuestro encuentro, desde la Ciudad de México, el general Manuel Gutiérrez. Es portador de una determinación que el gobierno nacional ha tomado para con usted y para con el coronel Epigmenio Ledezma. Les pido nos acompañen hacia donde se encuentra con mi general Rojo. Los prisioneros se miraron entre sí y parecieron decirse con la mirada estar dispuestos a enfrentar su destino. El general Martínez, con un aplomo que volvió a sorprender a propios y extraños, contestó:
 - Cuando usted indique, mayor Céspedes. Lo que ha de suceder, que suceda de una vez.
 - Lo siento, dijo el mayor Céspedes. ¡Sígueme!

Llegaron donde los generales Rojo y Gutiérrez esperaban. Los prisioneros se apearon de sus caballos. El saludo fue conforme a la costumbre militar y la jerarquía de los interlocutores.

— General Martínez, coronel Ledezma —dijo el general Gutiérrez—, soy portador de una resolución que en relación a ustedes ha tomado el Supremo Gobierno. . . Espero la tomen como todo valiente y disciplinado soldado de la Reforma debe tomar este tipo de resoluciones. . . tomando en consideración su propuesta de renunciar a ser candidato para gobernador del ya inminente Estado de Hidalgo y en su lugar apoyar la candidatura del licenciado Antonio Tagle, así como para evitar que los hombres que venían siguiendo al regimiento lo intentaran liberar. . . La Corte Marcial se suspende. . . La opinión pública estará de acuerdo con el gobierno en que lo de los Tratados de Nonoalco, lo del dinero enviado por los chilenos, lo de la expropiación de haciendas y tiendas comunales y lo de las ofensas al diputado Blas José Gutiérrez y todos los demás cargos que pesan sobre ustedes son cosas pequeñas en relación con los cometidos por los servidores del Imperio y sobre los cuales el día de ayer el Congreso aprobó la Ley de Reconciliación y Regeneración. . . Por todo ello, general Martínez, coronel Ledezma, el presidente Juárez junto con el licenciado Tagle, nos esperan en el Castillo de Chapultepec para brindar por esta feliz conclusión. . .

Hora y media después, un ordenado contingente militar, encabezado por los generales Martínez, Rojo y Gutiérrez, el coronel Ledezma y el mayor Céspedes, se acercaban al imponente Castillo de Chapultepec. . . ●